

Era domingo. Era domingo en todas partes. No había un solo lugar donde no lo fuera. De aquí a la China, a la luna, a Japón, de ida y vuelta. El mundo estaba envuelto, aplastado, triturado por el maldito domingo a la tarde. Sentados en la vereda: Lynko y Frin con Negrito echado a su lado. Se habían encontrado después de almorzar y, desde que Frin lo había visto llegar con esa cara, porque se había peleado con Vera, estuvo clarísimo que esa tarde iba a ser aburrida. Los papás de Frin les pidieron:

—Chicos, no hagan ruido porque vamos a dormir la siesta.

El otoño tiene días en que no se decide si es de frío o de calor, y esa tarde, para completar el aburrimiento, era de calor.

—Pero el aire está fresco, ¿no? (Lynko, rascándole la panza a Negrito).

—... ¿Qué?

—Digo, el sol calienta, pero el aire es fresco.

—Ah, sí, acá en la sombra está fresquito, ¿quieres que vayamos al sol?

—No.

—... ¿Y para qué dices que está fresco?

—¡Qué sé yo, Frin, por decir algo! ¡Si estás más callado que no sé qué!

—Tú estás callado porque te peleaste con Vera.

—No es cierto (molesto).

—... (Negrito bajó su pata; lo estresaba que le rascaran en medio de una pelea).

—Sí es cierto (Frin).

—No es cierto (Lynko).

—Bueno, no es cierto.

Enmudecieron mirando hacia lados distintos. Negrito subió su pata. Pasó un señor en bicicleta. Pasó el tiempo. Pasó viento. No pasó nada.

Frin tomó una piedrita que vio cerca de su pie y la arrojó a la mitad de la banqueta. Luego tomó otra, pero no le dio a la primera.

—¡Qué bestia, Frin! Era más difícil errarle que pegarle.

—Sí, Guillermo Tell...

—¡¿Quieres que pruebe yo?! (Lynko).

—No era fácil.

—¡¿Pruebo yo?! (Lynko).

—No (Frin, con malicia).

—¡¿Cómo que no?! ¿No quieres que pruebe a ver si le pego?

—... (Negrito bajó la pata).

—Sigo tirando yo.

Contestó Frin, serio, aguantando la sonrisa. Le encantaba molestar a Lynko. Buscó otra piedrita, volvió a arrojar y dio más cerca.

—¡Bessstia! (agarrándose la cabeza). ¡Qué animal! ¡Tampoco le diste! Mira, ¡¿quieres que pruebe yo?! (Lynko mientras rascaba a Negrito, que había vuelto a levantar la pata).

—No. Tiro otra vez.

—¡¿Por qué?! ¡Deja que tire yo!

Frin arrojó otra piedrita, pero ésta cayó mucho más lejos que las anteriores. Lynko se paró de un salto. Negrito bajó la pata.

—¡Súper bestia! ¡Peor que antes...! (Caminó hasta la primera piedra). ¡Está a cinco pasos, Frin, cinco pasos! ¡Es imposible fallar! ¡Vas a volver a salir en la tele, es un récord, te lo juro!

—Vas a ver que no (buscó otra piedra).

—¡Deja que tire yo! ¡Por favor, por favor...!

Frin lo miró serio, riéndose por dentro. Negrito no sabía qué hacer con su pata (*la bajo, la subo, la bajo, la subo*).

—¡Por favor, ándale, Frin! (juntaba sus manos en súplica) ¡Por favor!

—¡Pues hazlo, babas! ¡Ni que fuera el dueño de las piedritas!

Lynko juntó varias piedras, volvió a sentarse en su lugar. Entrecerró los ojos para apuntar, estiró la mano hacia delante, calculó. La regresó. Volvió a estirar, apuntó. Cuando tomó impulso para lanzarla, Frin, aparentando distracción, comentó:

—Es una sola, ojo, eh.

—... ¡¿Qué?! (Lynko, adiós concentración).

—Que juntaste varias piedritas... y es tirar una por una.

—¡Si iba a tirar una por una! (indignado).

—Juntaste varias (Frin, mirando a otra parte, restándole importancia al asunto).

—¡Bueno! ¡Las dejas en el suelo! ¡Las dejas en el suelo! ¡¿Qué me importa?! (desafiando).

Frin levantó los hombros. Lynko dejó las otras piedritas y comenzó a apuntar por segunda vez; pero algo fallaba y explotó:

—¡Frin, eres un tramposo! ¡Me distrajiste a propósito!

—No, te avisé que era de una por una.

Mientras volvía a ponerse en posición de tiro, Lynko seguía acusándolo:

—¡Maldito cobarde tramposo! Me distrajiste para que no te gane, pero te voy a aplastar, vas a ver.

—... (Negrito subió la pata pero volvió a bajarla: no era el momento).

Terminó de decir eso y cerró los ojos más milimétricamente que antes. Apuntaba mejor que un robot. Estiró

la mano, la tenía rete en la mira, le iba a dar en el centro. Flexionó el brazo, lentamente. En ese momento Frin carraspeó. Lynko dio un salto furioso y arrojó las piedritas al suelo.

—¡No tosas, Frin! ¡No tosas!

—¡¿Qué te pasa?! ¡¿Por qué no puedo toser?!

—¡Lo haces para distraerme! (Lynko iba y venía, furioso).

—No es cierto, Lynko, tenía una basurita, de verdad (aguanta la risa).

—¡Entonces, ¿sabes qué?! ¡Si haces trampa, ya gané!

—¡¿Y eso qué tiene que ver?!

—¡Pues sí, Frin! ¡Haces trampa por miedo a perder! ¡Entonces ya gané!

Se abrió la puerta de la casa de Frin. Era su papá, con cara de dormido y enojado.

—... (El papá los miró en silencio).

—... (Ellos lo miraron, callados).

—... (Negrito aprovechó para entrar a la casa, orejas caídas, cola baja. *Permiso, permiso, yo no fui, mejor me meto, permiso*).

—¿Qué les había pedido?

Los dos agacharon la cabeza. El papá siguió mirándolos sin decir nada, regresó adentro y cerró la puerta.

—¡Se despertó por tu culpa! (susurró Frin).

—¡Mentira! ¡Tú eres el transa! (Lynko, también con un susurro).

—¡Tira tu maldita piedra de una vez!

—¡Pero ni respires, ¿oíste?!

—¡Ándale, Lynko! ¡Pesado! ¡Hazlo!

Lynko recogió una de las piedras, repitió toda su ceremonia de puntería. Arrojó; pero la piedra no dio en la que era el blanco. Frin saltó despedido como un resorte. Daba puñetazos al aire, pero sin gritar, para que no saliera otra vez el padre.

—*Yes! Yes! Yes!* (Frin, susurro).

—Fue tu culpa, ¿oíste? ¡Me distrajiste a propósito! (Lynko, susurro).

—¡Me gusta, Gran Maestro de la Puntería!

—Ahora te toca a ti, que eres tan fregón.

Así se pasaron un buen rato: tirando piedritas y con reglas cada vez más estrictas, porque cuando uno acertaba en el blanco, el otro sospechaba algo y hacía crecer el reglamento. Tenía que estar el trasero pegado al piso, no se podían mover los pies, apuntar contando hasta diez, no más; etcétera, etcétera, etcétera, etcétera. Frin llevaba cuatro aciertos y Lynko tres.

Cuando se les acabaron las piedritas empezaron con “Ve a buscarlas”, “No, ve tú”. Frin dijo: “Mira”. Juntó saliva en su boca. Lynko abrió los ojos, asombrado cuando captó qué iba a hacer. “Mira”, repitió Frin, y escupió. Dio en el blanco.

—¡Guau, Frin! ¡Eres un maestro! ¡Le pegaste! ¡¿Cómo le hiciste, eh?!

—Así (Frin, comenzó a juntar saliva de nuevo).

—¡No a eso! ¡Me refiero a darle!

—Porque le apunté, babas.

Lynko se quedó pensativo. Comentó:

—Es que de aquí es muy fácil.

—¡Ja! ¡Hazlo tú! ¡¿O desde dónde, a ver?!

Lynko no respondió. Levantó la cabeza, miró hacia varias direcciones. Calculó, calculó hasta que encontró.

—Desde el techo de tu casa.

—¡¿...?!

—¿Se puede subir?

—¡Pus claro!

—Listo, te juego un campeonato desde allá arriba.

—Listo, pero ¿llevamos piedritas?

—No, Frin, a escupidas, y hay que atinarle a la misma piedrita.

—De pelos, vamos.

Abrieron la puerta, silenciosamente, fueron hasta el patio. Negrito los vio pasar, abrió un ojo, levantó una pata; pero no: siguieron de largo. Buscaron una escalera, subieron. Por el techo también caminaron de puntitas, como para no despertar ni al cura.

Lynko y Frin caminaron sigilosamente por el techo de la casa, atentos a no hacer el más mínimo ruido.

—¿Viste esto? (Frin señaló los cables y caños).

—Sí, yo siempre me imagino que en los techos no debe de haber nada, pero hay cada cosa.

—Es como si nosotros anduviéramos con las tripas en la cabeza, ¿no?

Esa imagen hizo reír a Lynko y, por contagio, a Frin también. Lynko le hizo señas de que no hiciera ruido, Frin remedó su gesto burlándose y fue peor: tuvieron que detenerse porque se desternillaban de la risa.

—Ya, Frin, párale, que si los despertamos y nos descubren en el techo, nos matan.

—Oye (levantó la vista), ¿te fijas cómo se ve todo desde acá arriba?

—Qué loco, ¿no? (Lynko asintió).

El pueblo parecía todavía más quieto.

—Mira (Lynko señaló hacia el campanario de la iglesia).

—Guau... desde acá no parece tan grande, ¿no?

Lynko asintió callado. A lo lejos pasaban dos obreros que iban a trabajar, en bicicleta.

—Oye, Lynko, ¿por qué se enojaron Vera y tú?

—... (sólo levantó los hombros: no quería hablar de eso, o no era importante, o ya había pasado).

Quedaron un rato en silencio.

—Imagínate si aparecen Alma y Vera (susurró Frin).

—¿Para qué? ¿Para que nos vean acá arriba?

—No sé, o para verlas... así, sin que sepan.

Nuevamente se quedaron callados.

—Así debe ser volar, ¿no?

—Lynko, tú ya sabes, si has viajado un montón con tus papás.

—Pero siempre son aviones grandes, no es lo mismo. Tú fuiste en uno de verdad.

—Los grandes también son de verdad.

—Quiero decir: chico, así, de los primeros que hubo... habrás sentido más, ¿o no?

Frin se detuvo, se le hacía raro que Lynko pudiera admirar algo en él. Pero enseguida volvió a mirar hacia delante. Se imaginó que no estaba en el techo y estiró sus brazos como alas.

—¡Sacúdelos, Frin, vuela! (bromeó Lynko).

—¡Ya, tonto...! Vamos.

Llegaron al borde del techo. Se asomaron.

—¿Dónde está la piedrita?

Buscaron.

—¡Allí!

—De pelos, ¿quién empieza?

—Yo tengo que juntar saliva.

—Yo también... bueno: el que la junte antes.

Comenzaron a masticar y a mover sus lenguas. Frin levantó la mano. Lynko asintió. Se recostaron sobre el borde del techo, asomaron las cabezas: miraron hacia abajo. Frin apuntó. Escupió. Salió una llovizna que desapareció.

—¡Uy! Fue el viento, ¿no?

Lynko intentó y ocurrió lo mismo. Se justificó:

—Es que de acá arriba es más difícil... Ya sé: hay que hacerla más espesa.

—¡Ya sé...! poniéndole verde (Frin).

—¿Cómo verd...? ¡Ah, ya entendí! ¡Órale!

Volvieron a juntar saliva al tiempo que sonaban sus narices hacia adentro. Lynko levantó la mano. Frin asintió. Lynko escupió y su saliva cayó cerca de la piedrita.

—¡Bravo!

Frin pidió turno.

—¡Vas!

Escupió, y la suya dio todavía más cerca de la piedra.

—¡De pelos! Ya estamos mejorando, ya estamos mejorando... ya la tenemos, vas a ver.

Efectivamente: aunque juntar saliva tantas veces no era fácil, los disparos ganaron en precisión. Ya no competían: eran un equipo.



—Oye, Frin, mira, la banqueta está quedando asquerosa, ¿no?

—Sí... (levantó los hombros) pero enseguida se seca.

Continuaron escupiendo. Lynko llevaba tres aciertos y Frin dos; pero ya no tenía chiste, había perdido el desafío. Se quedaron acostados, callados, mirando hacia la banqueta. Frin levantó la vista y vio el automóvil, nuevo. Todo ese tiempo había estado estacionado ahí mismo, sólo que no le habían prestado atención.

—Lynko, te reto a atinarle a las ruedas.

—¿A cuál?

—A la de atrás... tú primero.

—Sale.

Lynko juntó más saliva, porque el coche quedaba más lejos. Escupió con más fuerza, y con tan mala suerte que su saliva dio en la ventanilla trasera. Se agarró la cabeza. Frin se dio vuelta porque no aguantaba las carcajadas, y quedaron los dos, acostados en el techo, panza arriba, partidos de la risa. Cuando se calmaron, volvieron a mirar.

—¡Se está chorreando!

—¡Agh, Lynko!

Dijo Frin y nuevamente se atacaron de la risa.

Regresaron a sus posiciones. Frin pidió su turno. Escupió, y su saliva dio en la cajuela del auto. Nuevo ataque de risa, nueva interrupción. Así siguieron y, aunque la puntería mejoraba, el automóvil quedaba con su parte trasera, la rueda, la ventanilla, parte del techo y la cajuela, llena

de escupitajos. Tan abstraídos estaban que no vieron a la persona que se acercaba corriendo. Sólo escucharon una voz conocida que les gritó:

—¡¡¡Qué diablos están haciendo!!!

Era el profesor de Gimnasia. Es decir, no sólo la voz, era él, entero, porque el auto que estaba estacionado era el auto nuevo del profesor de Gimnasia.